

LA SUSPENSIÓN DE LA INCREDELIDAD

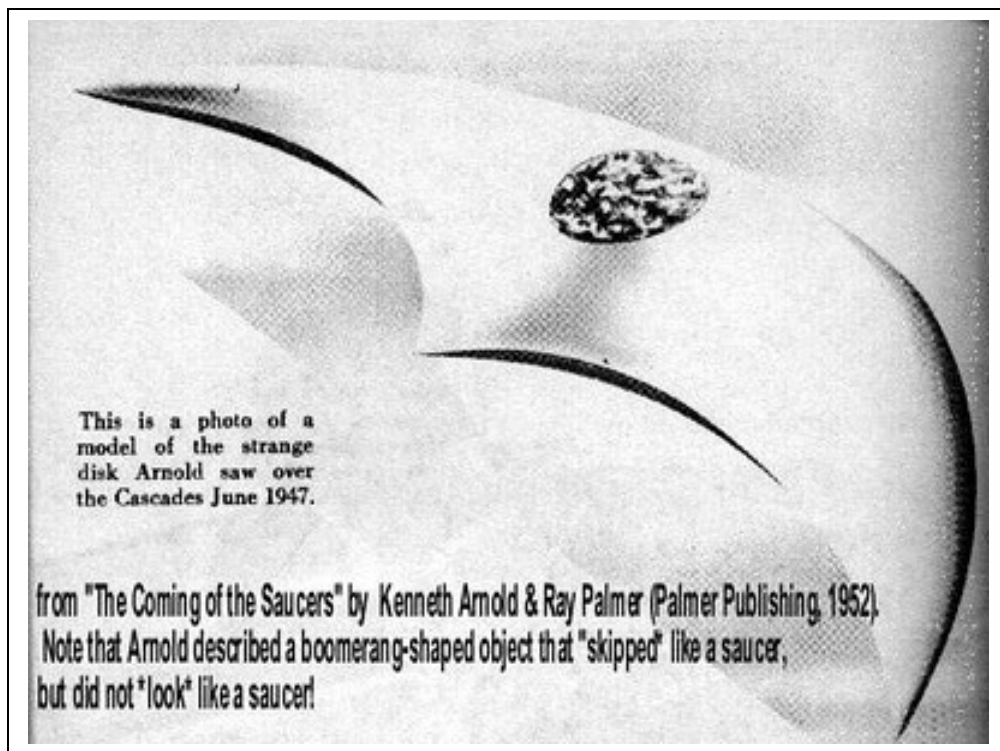
Por Antonio Moreno Álvarez

La suspensión de la incredulidad es una expresión que representa la voluntad de un sujeto para dejar de lado (suspender) su sentido crítico, ignorando inconsistencias de la obra de ficción en la que se encuentra inmerso (como por ejemplo la existencia del unicornio), permitiéndole adentrarse y disfrutar del mundo expuesto en la obra. (Fuente: Wikipedia.)

Los géneros literarios establecidos llevan asociados -por convención entre autor y lector- una serie de premisas, y éstas nos llevan a un nivel concreto de suspensión de la incredulidad. Estas reglas permiten a los autores comunicarse con los lectores, dar pistas acerca de cómo entender la obra que tiene en sus manos, pidiéndole que suspenda temporal y voluntariamente su incredulidad frente al modo en que se desarrollan o resuelven algunos aspectos de la historia.

Un escritor de ciencia ficción debe identificar qué propuestas debe presentar a los lectores y asegurarse de que se las ha transmitido correctamente. Para ello debe conocer las convenciones del género y así tener claro entre qué parámetros se moverá la historia para hacerla coherente y plausible -para el lector-, aunque todo sea pura fantasía, e incluya gigantes de cien metros, o robots con tentáculos de agua, o seres nacidos en el magma de la Tierra.

Hay una serie de temas que, por muy diversas razones, los escritores de ciencia ficción han tocado poco, uno de ellos es el de los platillos volantes con viajeros de otro planeta y donde el gobierno oculta todo eso a la población. Ya sé que hay infinidad de libros de “expertos” en la materia aportando datos, fechas, fotos, testimonios, etc., pero obras de ciencia ficción propiamente dicha que incluyan esos tres conceptos, repito, platillos, extraterrestres y secreto gubernamental, no hay muchas. El cine sí ha usado -desde mediados de los 40- estos temas con mayor o menor acierto. La suspensión de incredulidad tiene que ver con las convenciones sociales de cada época y el público del audiovisual es menos riguroso -en general- con lo creíble o lo increíble, el lector del género es algo más exigente con los autores, además el cine cuenta con la imagen para “vender” más fácilmente cualquier idea.



Un profesor de cine que tuve hace años me decía que en una película te la juegas en los primeros quince minutos, porque ése es el tiempo máximo estimado en el que autores y espectadores firman -o no, claro- el contrato de lo que van a aceptar y lo que no en el género de la obra, los límites de nuestros personajes, hasta dónde el héroe es vulnerable, etc., etc. Baste como ejemplo ver los primeros quince minutos de “Indiana Jones, en busca del arca perdida”, y se comprueba que el acuerdo de suspensión de incredulidad tiene unos límites, amplios, pero los tiene, el género queda claro, el héroe queda claro, hasta donde se van a rebasar los límites de lo “racional” y de lo cotidiano, etc., etc. Como ejemplo contrario ver los primeros seis -u ocho, no recuerdo exactamente- episodios de Twin Peaks, el contrato-acuerdo entre autores y espectadores decía que el género era un “whodunit”, o sea una trama compleja, similar al de la novela policíaca, en la que todo gira alrededor de un rompecabezas embrollado y aparentemente sin sentido, en el que se da al espectador o al lector algunos indicios acerca del autor del delito que se trate, en este caso “¿quién mató a Laura Palmer?”, para que en algún momento de la historia pueda deducirlo antes del final de la obra. ¿Pero qué ocurrió con Twin Peaks? En el episodio equis aparecieron cuevas extraterrestres, seres mágicos, etc., y eso es una traición al contrato firmado entre autores y espectadores, se produjo un desencuentro y, por tanto, la suspensión de incredulidad dejó de estar, digamos, activa. Era un “whodunit”, no una serie de magia y aliens, si se quería mezclar estos parámetros había que haberlo hecho antes, pero no se hizo así. Por tanto, las expectativas de los espectadores se fueron al traste y las ganas de seguir viendo una historia en la que se había perdido la suspensión de incredulidad.

Volviendo al tema de por qué los escritores de ciencia ficción han escrito poco sobre platillos volantes con viajeros de otro planeta donde el gobierno lo oculta todo, repasemos un poco la historia de este curioso fenómeno.

La historia moderna de los objetos volantes no identificados comienza un 24 de junio de 1947 cuando Kenneth Arnold sobrevuela el Monte Rainer, en Washington, y ve un grupo de objetos voladores que rápidamente fueron llamados “platillos volantes”. En realidad, parece que lo que este hombre vio fueron unos objetos con forma de bumerán en "V" (los bocetos que se hicieron con la descripción que dio a mí me recuerdan al *batarang* de Batman) que, según describió en su momento, "volaban como platos saltando sobre el agua." Así, todo apunta a que fue la prensa de la época la que usó el apelativo de "platillos volantes", no se sabe si con intenciones burlescas o simplemente por desgana periodística.

El señor Arnold, en su momento, pensó que podían ser naves soviéticas y contó su historia a la prensa. Una agencia de noticias difundió la noticia por todo el mundo y pronto, muy pronto, empezaron a verse extraños ingenios volantes por todo el país. Como nota curiosa fue la propia Fuerza Aérea Norteamericana la que acuñó el término U.F.O. (unidentified flying object) -O.V.N.I. (objeto volador no identificado)- en 1952.

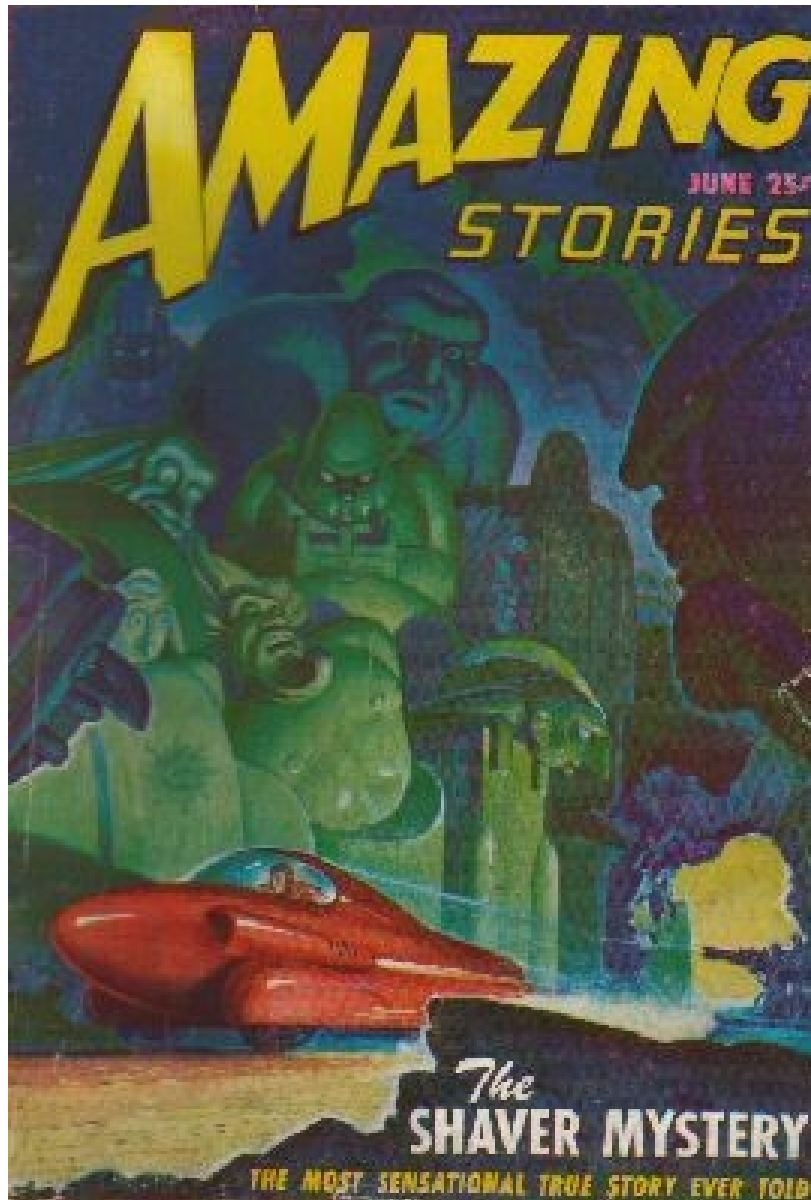
La cosa es que no se sabía lo que eran aquellos objetos que, en plena guerra fría, invadían el espacio aéreo norteamericano; pero lo que parece claro es que nadie -en

aquel momento- pensaba en seres extraterrestres. En el informe que hizo para el Ejército, el señor Arnold indicó que cuando vio los objetos pensó que eran “aviones con propulsión a chorro”. Y añadió: “Estoy convencido de que se trataba de algún tipo de avión, aunque en muchos aspectos no se parecían a los que conozco”. Todo apunta a que en todo momento se pensó en alguna clase de aviones, amigos o enemigos. Pero, poco después entró en escena un peculiar editor de ciencia ficción que vio en los platillos volantes un filón de oro.



Raymond Palmer llegó a la dirección de “Amazing Stories” en 1938 con la clara intención de dar un golpe de timón al contenido de la revista, bajó el nivel literario de la revista y disparó la tirada. La cosa es que, dos años antes de las declaraciones del señor Arnold, Palmer había publicado -en “Amazing Stories”- relatos de un tal Richard S. Shaver, una persona que –como se supo después- tenía serios problemas psiquiátricos y que afirmaba recordar cómo la Atlántida y Lemuria habían sido colonizados por extraterrestres en un pasado indeterminado. Según Shaver, los alienígenas se habían visto obligados a abandonar la Tierra miles de años atrás, dejando aquí dos tipos de robots que desde entonces habitan en el subsuelo: los teros, que hacían lo posible por ayudar a la humanidad, y los deros, responsables de gran parte de las desgracias del ser humano (es innegable que como idea de ciencia ficción no está mal, pero creer que en realidad había pasado esto era como quitar la palabra “ficción” de la ecuación).

El caso es que esta historia le encantó a Palmer y, en junio de 1947, dedicó un número entero a lo que él denominaba “el misterio Shaver”. En octubre, en un editorial, afirmaba que los tripulantes de los platillos volantes eran descendientes de los extraterrestres que habían colonizado nuestro planeta en un pasado remoto. Parece que fue en este instante donde confluyeron de manera definitiva y hasta nuestros días dos conceptos que hasta ahora habían estado totalmente separados, platillos volantes y extraterrestres. Recordemos que los avistamientos de objetos voladores siempre se habían asociado a naves secretas del “enemigo”, y recordemos que el contexto era la guerra fría; pero la pirueta social y literaria que consiguió Palmer fue unir esas dos



ideas, y por curioso que parezca la idea entró de lleno en el imaginario de la gente, tanto es así que sigue vigente hoy en día.

Los Estados Unidos vivieron los años 50 con miedo a dos cosas: a un ataque atómico soviético y a la infiltración comunista. Tras el final de la era atómica, en los

años 40, el cine de ciencia ficción (lo que hoy llamamos serie B) entró de lleno en el universo de los platillos volantes, pero no es hasta la década de los 50 cuando se produce un fenómeno histórico: la gente comenzó a creer que en el interior de esas naves viajaban seres de otro planeta.

Aún faltaba por construirse el tercer pilar del fenómeno de los platillos volantes y éste llegó de la mano de Donald E. Keyhoe, un comandante retirado de Infantería de Marina norteamericana quien fue el primero en hablar de la política de encubrimiento seguida por el Gobierno estadounidense respecto a los platillos volantes, que el señor Keyhoe identificaba, sin ningún rastro de duda, con naves extraterrestres. Este comandante retirado fue el autor del primer libro publicado en 1950 sobre el tema, “The flying saucers are real” y de un artículo en la revista “True” en el que añadió definitivamente el secretismo gubernamental al fenómeno de los platillos volantes pilotados por extraterrestres.

De hecho, a partir de ahí, la gente empieza a tener la firme creencia de que estos extraterrestres habían visitado -y visitan- nuestro planeta a diario (como si llegar desde 5 años-luz, o 1.000 para el caso, fuera tan fácil como coger el autobús), y mucha gente comienza a contar abiertamente que ha visto aterrizar un platillo volante en el maizal del vecino o que ha visto despegar un objeto con luces raras y con forma de puro en las colinas más allá de su pueblo (con el paso del tiempo la originalidad en las formas de estos ovnis ha sido sometida a debate por parte de la comunidad “experta” en estos

cacharros). Lo curioso es que la gente que narraba sus experiencias con estos seres de otro planeta los describían como humanoides altos, cabezones a veces, con trajes plateados, con la piel de color (poner el color que se quiera, excepto el negro), todos, en todos los casos eran de aspecto antropomórfico. Nadie contaba que un ser parecido a una libélula con patas de centollo y cuerpo gaseoso con manchas amarillas fluorescentes lo había abducido, o que había tenido un contacto en la tercera fase con un extraterrestre con forma de cubo gelatinoso de diez metros de lado con vértices azules y pústulas rojas. Ese aspecto humanoide fue amplificado por el cine de la época hasta límites insospechados. Por otro lado, los escritores de ciencia-ficción de esos años, por curioso que pueda parecer, no se subieron con mucho ímpetu al carro de los platillos volantes, posiblemente debido a que el género suele tender a narrar historias plausibles, y todo el asunto de los platillos y sus ocupantes parecía no tener ni pies ni cabeza. De hecho, en los relatos de la época donde se tocaba el asunto extraterrestre, los seres descritos eran muchísimo más creíbles que las historias que la gente contaba sobre ellos en aquellos años. Por tanto nos encontramos con un curioso caso en el que la ficción científica era más sobria que lo que la gente decía estar viendo, lo que encaja perfectamente con la resistencia de los escritores de la época en tocar el tema.

Escribir una historia sobre un platillo volante (o una escuadrilla de ellos, para el caso es lo mismo) que alberga en su interior a seres extraterrestres es todo un reto para los escritores del género. Así que se podría pensar que los autores de la época fueron muy cautos a la hora de enfrentarse con el asunto, por supuesto el mundo del cine

-que



vive de otro sector de público-, encontró un filón que a día de hoy aún sigue explotando.

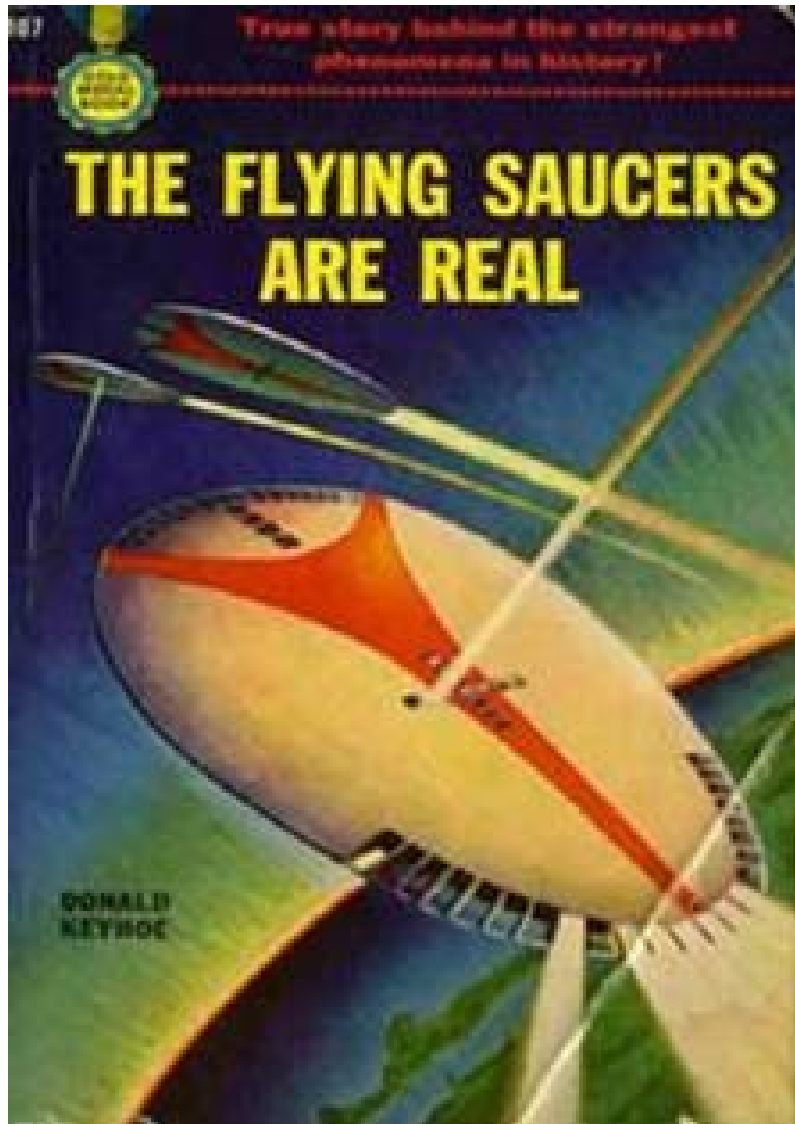
Entre otros problemas con los que se tuvo y se tiene que enfrentar el autor del género es que la mayoría de la gente confunde la probabilidad de que existan otras

civilizaciones con la seguridad de que los extraterrestres nos visitan un día sí y otro también. Estas personas no sólo asumen que la inteligencia es algo muy común en el universo, sino que además consideran a la Tierra como un destino interesantísimo, como si los cien mil millones de estrellas de la galaxia fueran poco interesantes, eso sin contar otras galaxias, borde del universo conocido, etc., etc. No, tienen que venir aquí, a esta diminuta bolita azul-verdosa y es aquí donde además parece que centran todo su interés, sólo así se entiende el enorme esfuerzo económico (a no ser que el dinero no les importe o que sean mega ricos), tecnológico (total, viajar más rápido que la luz es una nadería) y humano (no tienen nada mejor que hacer que venir, esconderse y no soltar prenda, claro, eso cuando no nos conquistan con rayos de la muerte) que supone haber enviado a nuestro planeta cientos de miles de naves (con forma de platillo, de puro, de pelota aplastada, de triángulo curvo, etc., etc.) sólo en los últimos cincuenta años.

No olvidemos que los extraterrestres que la gente ha ido viendo a lo largo de los años, nunca han aportado ningún conocimiento a los humanos. Ya podrían haberles dicho a cualquier Juan, Christine, Khuan o Reiko del planeta (o haber puesto megáfonos planetarios para que lo oyéramos todos) la solución de las Ecuaciones de Navier-Stokes, o la de la Conjetura de Goldbachs, o la resolución al Problema de Galois Inverso. Pero, en todo este tiempo, lo único que los extraterrestres han transmitido son mensajes vacíos, genéricos y advertencias sobre diferentes fechas y formas de fin del mundo.

Los autores de ciencia ficción se dieron cuenta de que ¡ya tienen convencidos a

muchos lectores de que existen estos platillos con extraterrestres dentro! Así que parte del problema es que para muchos lectores, esto no es ficción sino realidad.



Autor: Antonio Moreno Álvarez; Sevilla, España.

Artículo inédito. Teorema Z www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra

web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.